

EL EJÉRCITO DE LOS AUSTRIAS Y LA CRISIS SUCESORIA DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

José CEPEDA GÓMEZ¹

RESUMEN

La crisis de la Monarquía de los Austrias toca fondo y comienza una clara recuperación económica y poblacional, ya no solo es Castilla la que aporta soldados a los ejércitos del rey sino que hay un aumento de efectivos de las zonas periféricas.

Al pasar a ser una potencia de segundo orden, ya no hay que destinar ingentes recursos a mantener el anterior estatus. Hay menos soldados que los que nutrían los ejércitos de monarcas anteriores y luchan a la defensiva.

En la guerra de Sucesión, se dieron cambios profundos y decisivos en el desarrollo del arte de la guerra.

PALABRAS CLAVE: guerra de Sucesión, Monarquía Católica, reformismo militar.

ABSTRACT

The crisis of the Habsburg Monarchy has reached its lowest point, and a clear economic and population recovery starts. It is no longer Castile alone

¹ Catedrático de Historia Moderna, Universidad Complutense de Madrid.

that provides soldiers to the King's Armies, but there is an increase of manpower coming from the coastal regions.

By becoming a second-rank power, it is no longer necessary to throw immense resources to keep up the previous status. There are fewer soldiers enrolled than in previous King's armies, and they fight defensively.

The War of Succession witnessed deep and decisive changes in the development of Warfare.

KEY WORDS: War of Succession, Catholic Monarchy, Military Reformism.

* * * * *

Una revisión obligada: el siglo XVII español y la nueva historia

Cuando reflexionamos sobre la evolución de la historiografía modernista y nos centramos en lo que ha cambiado nuestra interpretación global del siglo XVII español de veinticinco años para acá, nos encontramos con que hoy son muy notables las diferencias que nos separan de lo que, en líneas generales, se escribía y pensaba acerca de la centuria barroca hace un cuarto de siglo. Desde el propio título de muchos libros publicados sobre ese período, parecía evidente que se trataba únicamente del siglo de la crisis, derrota, agotamiento y de la decadencia. En fin, el siglo de los Austrias menores².

Por el contrario, hoy sabemos que la realidad española en 1700 no era tan negra como la historiografía tradicional ha venido manteniendo. El tiempo de la crisis –crisis que existió, indudablemente– no se extiende a lo largo de todo el siglo XVII. Y la decadencia –que también se dio– rebajó a la Monarquía Hispánica a un papel de segundo orden en Europa y le hizo perder algunos territorios, pero siguió manteniendo el mayor imperio colonial existente con los consiguientes recursos potenciales. Situar en Madrid a un candidato amigo se convierte en la gran preocupación de las Cortes europeas en los últimos años del siglo. De ahí la internacionalización y magnitud de la guerra de Sucesión a la Corona de España.

² *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Madrid, Rialp, 1949. Así tituló su obra Vicente PALACIO ATARD. En la edición de 1987 ya aparecía bajo otro título menos «decadente»: *España en el siglo XVII*. No ocurre lo mismo, todavía, con la referencia al siglo XVII como el de «los Austrias menores». Son multitud las obras que aún se titulan o subtitan así.

En un marco dramático común que llamamos crisis general europea – amplio proceso de guerras, rebeliones políticas, crisis de subsistencias, catástrofes demográficas y tensiones sociales que asolan el continente desde Polonia hasta Inglaterra, y que pone en un brete a los reyes y autoridades de toda Europa– la Monarquía de los Austrias se ha de enfrentar a crecientes enemigos con decrecientes recursos. Hasta 1636 las victorias militares compensaban las derrotas, pero desde esa fecha se suceden las batallas perdidas por los ejércitos y las flotas de Felipe IV a lo largo de Europa y a lo ancho del Atlántico. Si en el combate naval contra los holandeses en Las Dunas (1639) se pierde el camino marítimo hasta Flandes y el dominio del mar, en el campo de batalla de Rocroi (1643) los franceses desencadenan el definitivo deterioro del poder militar hispánico en Europa. Entre ambas fechas, el año trágico de 1640: los catalanes se sublevan en junio y el primero de diciembre serán los portugueses los alzados contra Felipe IV. Y en los años siguientes habrá «alteraciones» en Aragón, Andalucía y, muy graves, en Nápoles.

De fondo, continúa la crisis de la moneda castellana –la *revolución del vellón* se había iniciado en el reinado anterior– contribuyendo al deterioro económico de la Monarquía. La población peninsular fue sacudida por graves brotes epidémicos (el de 1647-1652 asoló Andalucía, Murcia, Valencia, Aragón y Cataluña y el de 1676-1685 se cebó particularmente en el sureste y el sur). Y por guerras: la de Independencia de Portugal se desarrolla por el Algarve y el Alentejo lusitano y por la Extremadura española durante veintiocho años, mientras que la rebelión de los catalanes afectó al Principado entre 1640 y 1652; los conflictos contra Luis XIV llevan la devastación a Cataluña en varias ocasiones y, en fin, entre 1704 y 1714, en toda la península, desde Gibraltar hasta Barcelona y desde Lisboa hasta Valencia, se vieron pasar soldados en pie de guerra con la consiguiente secuela de tragedias. Esos sufridos habitantes se integran, por lo demás, en una infraestructura económico-social que frena la natalidad y acelera la mortalidad en ciertas zonas deprimidas a la vez que provoca movimientos migratorios hacia otras comarcas.

Todos esos factores negativos llevan a la Monarquía de los Austrias a tocar fondo en la década 1670-80, momento en que se inicia, y esta es la gran novedad que la historiografía modernista actual viene demostrando en los últimos años, una clara «recuperación económica» en algunas regiones y una «redistribución poblacional» en el espacio peninsular. Así, en los últimos veinte años del siglo XVII, hay indicios de reactivación de la economía y se vuelven a alcanzar cifras de habitantes semejantes a las que se daban a finales del XVI. Pero con una disposición nueva y de trascendental repercusión en el porvenir histórico español: Castilla ha empezado

su declive demográfico y económico mientras que los reinos periféricos – cantábricos, levantinos o atlánticos– se despegan y crecen en hombres y en recursos. El corazón político de la Monarquía Hispánica, Castilla, no será ya, como antaño, un poderoso foco económico y demográfico de la península. Y comenzarán las tensiones centro-periferia que llegan hasta nuestros días.

Como contrapunto a este sombrío panorama político-militar, demográfico y económico, en esos años todavía asistimos a la espectacular muestra del talento artístico y literario de nombres como Zurbarán, Murillo, Alonso Cano, José de Ribera *El Españolito*, Velázquez, Saavedra Fajardo, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Gracián, Calderón de la Barca... o Quevedo.

Las consecuencias de la pérdida de potencial militar y diplomático de los Austrias en los años centrales del siglo XVII se verán plasmadas en toda su extensión en los tratados de Westfalia (1648), de los Pirineos (1659) y de Madrid-Lisboa (1668). Forzados por el primero de ellos a reconocer la independencia de Holanda, reducidos al papel de potencia de segundo orden en la Paz de los Pirineos, será en el último de los tratados citados cuando la Regencia del rey-niño Carlos II acabe por aceptar como legal lo que ya era evidente hacía muchos años: la independencia portuguesa. Y, por si fuera poco, las apetencias de la Francia de Luis XIV –el joven soberano que recibe en 1659 de manos del envejecido Felipe IV el Rosellón y la Cerdanya y, simbólicamente, el testigo de la hegemonía en Europa– convierten a la Monarquía de Carlos II en la principal víctima de ese emergente *Rey Sol*. Son cuatro las guerras en las que España se habrá de enfrentar a Francia durante el reinado del último de los Austrias madrileños: la de la Devolución (1667-68), la de Holanda (1673-78), la de Luxemburgo (1684) y la de la Liga de Augsburgo (1688-97).

En todas ellas la Monarquía Católica fue dejándose algunos pequeños flecos de su antiguo imperio europeo y llegó a verse invadida en Cataluña por los ejércitos franceses. Pero, al mismo tiempo, en América y en el Pacífico, los años del reinado de Carlos II son años de expansión, de conquistas. Christopher Storrs dice tajantemente que «However, Spain's imperial 'decline' –or collapse– in this period has been greatly exaggerated. For one thing, Carlos retained far more territory than he lost. For another, the reign witnessed substantial further expansion, particularly overseas»³.

Eso sí, ha cambiado tanto la distribución de fuerzas en el continente que ya no será España enemiga de media Europa. Esa media Europa enfrentada

³ En su artículo «The (Spanish) Armies of Carlos II (1665-1700)», págs. 485-499, del vol. I de la obra colectiva editada por Enrique GARCÍA HERNÁN y Davide MAFFI: *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2006.

ahora a Luis XIV nos cuenta ya como aliados; incluso Inglaterra y Holanda –los que empezaron a socavar los cimientos de la preponderancia española desde la segunda mitad del siglo XVI– son entonces nuestros camaradas.

Y esta nueva ecuación diplomática explica, paradójicamente, el inicio de la recuperación económica y demográfica que arriba citábamos. Porque la debilitada Monarquía de Carlos II ya no necesita mantener una política militar, de prestigio, costosísima. Bastante hace con soportar como puede el embate francés. Los soldados de la Monarquía Católica luchan a la defensiva dentro de las fronteras «hispanicas».

Estudios actuales tratan de explicar ese evidente cambio de coyuntura económica de finales del XVII apelando a las cifras recientemente conocidas de remesas de metales indianos llegados a la península de nuevo en gran cantidad en los últimos quinquenios del siglo. Aunque la impericia de la Administración no los registrase oportunamente en los libros oficiales –lo que ha hecho que permanezcan ignorados por los historiadores– y frente a lo que se venía sosteniendo tradicionalmente, «las mayores remesas de metales americanos llegados en toda la Edad Moderna fueron las de los cuatro últimos lustros de ese siglo XVII». No eran contabilizadas por los funcionarios reales de Sevilla o Cádiz, pero llegaban y, al modo de lo que hoy llamamos economía sumergida, engrasaban los sectores productivos españoles despertándoles del letargo. Por eso fueron eficaces esas medidas tan drásticas de política económica de los años ochenta y surtieron efecto a medio plazo. Y se podían pagar soldadas. En suma, se anunciaba un cambio de coyuntura no general en toda la Monarquía pero sí perceptible con claridad en algunas zonas.

Conviene advertir que este diferente «amanecer» de la recuperación tuvo su incidencia en la toma de posturas ante el conflicto sucesorio de 1700 entre Austrias y Borbones. Para los catalanes, en cuyas tierras y ciudades se adelantó la recuperación, la manifiesta sensación de que las cosas iban mejorando pesó mucho a la hora de seguir la fidelidad a lo conocido –el austracismo– mientras que para la mayoría de los castellanos, que aún no perciben la mejoría, el adiós a la Casa de Austria supondría un alivio porque cualquiera que viniese lo haría mejor. Por otro lado, tras la victoria de Felipe IV sobre los catalanes en 1652, Madrid siguió una impoluta política de respeto a los fueros, pactos y tradiciones del Principado –según unos porque no tenía fuerza para imponer una política más uniformizadora y según otros porque la fractura de la Monarquía Hispánica de Reinos en 1640 había hecho reflexionar en la Corte– dando lugar al llamado *neoforalismo* de la segunda mitad del siglo XVII.

Un papel primordial en el proceso de recuperación de estos años de transición entre los siglos XVII y XVIII lo ocupa una generación de «revolucionarios de la Ciencia», despectivamente llamados *novatores* en su época y que hoy son considerados como los paladines de la necesidad de importar la ciencia moderna en España, preparando el camino a los futuros *ilustrados*. En diversos puntos de la península como Madrid, Sevilla, Valencia, Zaragoza o Barcelona estos introductores de los nuevos métodos de experimentación científica, conectados epistolarmente con Europa, críticos con el atraso de la ciencia «nacional» y precursores del espíritu erudito y ordenador del siglo XVIII, van a ser vivos ejemplos de que algo está cambiando profundamente en la España del último de los Austrias. En 1681 se elaboran unas ordenanzas para un hospital zaragozano que tenía secciones especializadas (cirugía, enfermedades contagiosas) y médicos de guardia y un boticario responsabilizado de la farmacia y se consideraba a los locos enfermos a los que había que recuperar y no solo aislar. De 1682 es una real pragmática que trata de conciliar las actividades económicas con el estatus nobiliario, reaccionando tímidamente contra la «deshonra legal» del trabajo: los nobles podían tener industrias y negocios, pero no trabajar con las manos. Al margen de la lamentable figura del rey Carlos II, el cambio de coyuntura económica, demográfica e, incluso, intelectual, se produce antes de la llegada de los Borbones.

Desde luego que esta nueva dinastía acentuará el proceso, agilizará las reformas, potenciará el impulso renovador, pero el camino que se encuentran en 1700 está ya marcado tenuemente por los hombres de gobierno anteriores. Piénsese, por ejemplo, que dos de las instituciones que se han tenido siempre como más representativas del reinado de Felipe V –la Real Academia de la Lengua y la Real Junta de Comercio– no son sino «refundaciones» u «oficializaciones». Desde 1690 se reunían en la casa del marqués de Villena una serie de amigos que hablaban de gramática y literatura y serán los mismos que, desde que el primer Borbón dio en 1714 el patronazgo, se conviertan en los primeros *académicos de la Lengua*. Por su parte, lo que Felipe V hizo en 1729 es remodelar una Real y General Junta de Comercio que se había creado en 1679. Y esta institución ya tenía como uno de sus principales objetivos el de potenciar la industria bajo la dirección estatal y trajo a España a artesanos extranjeros que instalaron talleres, como harían los Borbones del siglo XVIII. Hay también gran interés en los gobiernos del último Austria por la explotación colonial de las Indias desde criterios mercantilistas y también aquí son precursores de lo que harán los ministros ilustrados. La Recopilación de las Leyes de Indias, aunque culminaba un proceso iniciado mucho tiempo atrás y estaba motivado por la necesidad de sistematizar todos los textos legales de la América Española, se publicó en 1680.

La constatación de que España en 1700 se encontraba saliendo ya del túnel de la decadencia y que algunos cimientos de la modernización estaban echados –aunque no podemos olvidar las grandes bolsas de atraso ni pensar que en todas las comarcas de la Monarquía la recuperación era una realidad– la tenemos en la facilidad con la que la España borbónica de la posguerra de Sucesión pudo enfrentarse a Europa poniendo en riesgo el sistema de Utrecht. No hubiera sido posible que Felipe V desafiase a Francia, Gran Bretaña, Holanda y Austria en fechas tan tempranas como 1717 y 1718 (tan solo cuatro años después de acabar la guerra) si la España que recibió en 1700 al entrar a reinar hubiese sido la España tan lamentablemente desposeída de hombres, riquezas, ejércitos, armadas, industrias... como se había presentado por los historiadores borbónicos. Es más, la guerra de Sucesión (1702-1714) tuvo por escenarios todos los mares y territorios europeos de la Monarquía Hispánica (Milanesado, Nápoles, Países Bajos) pero también se luchó al sur de los Pirineos. Después de muchos siglos, soldados extranjeros combatían dentro de las fronteras peninsulares. Fue una guerra entre potencias (Gran Bretaña, Holanda, Portugal y Austria contra los Borbones de Francia y de España) a la vez que una guerra civil (la Corona de Aragón fue, desde 1705, partidaria de Carlos de Austria frente a una Castilla que defendía al rey Felipe V de Borbón) y de todo ello se deriva una gran destrucción. Pues bien, ¿cómo pudo restaurar en tan poco tiempo sus heridas? Solo es posible contestar con los argumentos arriba citados: la realidad española en 1700 no era tan negra como la historiografía tradicional ha venido manteniendo. El tiempo de la crisis –crisis que existió, indudablemente– no se extiende a lo largo de todo el siglo XVII. Y la decadencia –que también se dio– rebajó a la Monarquía Hispánica a un papel de segundo orden en Europa y le hizo perder algunos territorios, pero siguió manteniendo el mayor imperio colonial existente con los consiguientes recursos potenciales. Es más, amplió ese imperio ultramarino. Storrs, en su artículo citado arriba recuerda que «In South America, Antonio Sánchez de Arellana extended Spanish dominion in the Amazon región east of Quito in the 1690's. In Central América Spanish forces had begun the conquest of the 'last Maya kingdom'. Further north, the Spaniards had permanently reconquered New Mexico (between 1693 and 1697), following the Pueblo revolt; and had established more presidios (manned By Professional soldiers) on that frontier. Carlos II's forces had also further entrenched themselves in Florida, at Pensacola (1698) and were venturing into Texas. Indirectly, via the Jesuits, Spanish penetration of the Californias had resumed from 1697 (...) Beyond the Americas, the 1690's had also seen the continued expansión of Spanish dominion in the Pacific, where the Marianas (1688) and Carolinas (1686) had been claimed

for the Crown earlier in Carlos II's reign (...) In 1700, the Spanish king's forces expelled the Scots from Darién»⁴. Termina ese párrafo afirmando que «it is precisely because Spain's empire remained so large and attractive that the European powers fought the War of Spanish Sucession, the 'Great War' of the early eighteen century. It was during that conflict that Carlos II's successor, the first Bourbon King of Spain, Philip V, lost Spain's European, but not its American Empire».

Situar en Madrid a un candidato amigo se convierte, por ello, en la gran preocupación de las Cortes europeas en los últimos años del siglo. Por eso, la «guerra de Sucesión a la Corona de España» es un conflicto de intereses y no una simple cuestión de legitimidades.

¿Hubo, también, una cierta recuperación militar? Desde luego tenemos constancia de que son muchos los militares y tratadistas españoles del reinado de Carlos II plenamente conscientes de la realidad de los ejércitos de la Monarquía Católica. Y, al igual que los otros novatores, proponen cambios, esbozan soluciones, aunque no puedan ponerlas en práctica. También en este ámbito, el militar, hay una continuidad entre no pocos «proyectos» del siglo XVII y su puesta en práctica por los primeros gobernantes borbónicos de Felipe V.

Hay menos soldados que los que nutrían los ejércitos de Felipe IV y luchan a la defensiva dentro de las fronteras de los aún extensos territorios de la Monarquía. Pero incluso en este tema, en el relativo al número de soldados del último de los reyes de la Casa de Austria, Carlos II, recientes trabajos nos están obligando a «repensar» algunos conceptos que venimos aceptando sin cuestionármolos desde hace trescientos catorce años (los que nos dejaron los historiadores franceses y borbónicos desde 1700 para engrandecer a la nueva dinastía, acentuando las carencias, errores y fatalidades que los Austrias habían dejado tras regir los destinos de la Monarquía Católica durante los dos siglos anteriores).

Uno de los mejores conocedores del Ejército de la segunda mitad de siglo XVII, Davide Maffi, en su capítulo «Las guerras de los Austrias»⁵ nos dice que «durante la tan criticada época de Carlos II, el Ejército hispano podía mantener en armas unos ochenta mil o cien mil hombres, en Flandes, Milán y Cataluña, que representaban el centro del poder militar hispano. Se

⁴ STORRS, *op. cit.*, págs. 486-487. Es autor de un libro básico para entender la nueva visión del reinado de Carlos II: *La resistencia de la Monarquía Hispánica (1665-1700)*, Madrid, Actas, 2013.

⁵ MAFFI, Davide: «Las guerras de los Austrias», págs. 79-118 de la *Historia Militar de España. Edad Moderna. II. Escenario Europeo*, coordinada por Luis RIBOT, Madrid, Ministerio de Defensa-Real Academia de la Historia, 2013 (*Vid.* Cuadros con las cifras de soldados de Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II en págs. 105-110).

trataba siempre de unas fuerzas considerables y equiparables a las de otras potencias europeas, pero nunca con el gigante francés que durante la segunda mitad del siglo consiguió armar y mantener unas fuerzas que oscilaban entre los doscientos mil o cuatrocientos mil hombres» (pág. 104)⁶. También Storrs insiste en que Carlos II dispuso de cerca de cien mil hombres en «sus» ejércitos; porque eran suyos, en tanto en cuanto defendían Lombardía, Nápoles o los Países Bajos, territorios que constituían, también la Monarquía Hispánica de Reinos. Aunque los integrantes de esos tercios fueran naturales de Milán, Gante o Nápoles, su rey era Carlos II, el mismo que lo era de los navarros, aragoneses o castellanos. Muchas veces hablamos del «Ejército Español» cuando deberíamos recalcar que era el «Ejército del Rey Católico» porque no debemos olvidar que servían también a Felipe IV y a Carlos II los habitantes de los Países Bajos del sur, los napolitanos, los milaneses... (además de muchos mercenarios ingleses, alemanes, suizos, irlandeses, etc., que se alistaban, también, en ese ejército de intervención, destacado en aquellos lugares en donde era requerido).

Una primera conclusión en este pequeño acercamiento a lo que significó la guerra de Sucesión para el Ejército de los Austrias: en el siglo XVII hubo crisis, derrotas y agotamiento, pero también victorias y cierta recuperación en la Monarquía Hispánica. Y, además, debemos revisar el «calendario» de la crisis española, aparte de que hemos de compararla con lo que sucedió en esa complicada centuria en el resto de las monarquías europeas. Y en esta necesaria revisión del siglo XVII hispano corresponde un crucial papel a la revisión de la realidad militar de la Monarquía Hispánica de Felipe III, Felipe IV y Carlos II.

La guerra de Sucesión española y su significado

Enmarcada en la etapa final del belicoso «siglo de Luis XIV», esta guerra afectó a gran parte de las tierras y los mares de Europa occidental, desde las actuales Alemania e Italia hasta la península ibérica y desde el Báltico hasta las costas atlánticas y mediterráneas. Tuvo, también, repercusión en las colonias trasatlánticas, muy particularmente en el noreste de América y sus resultados fueron decisivos y remodelaron el mapa de nuestro continente.

⁶ Maffi afirma que con Felipe IV se alcanzó el máximo de soldados encuadrados en los ejércitos de la Monarquía Hispánica, llegando a los 200.000 hombres en el quinquenio 1635-1640. En los años posteriores descendió el número, pero siempre contó el rey con unos 120.000 a 150.000 soldados.

En su vertiente estrictamente bélica fueron unos años en los que se dieron cambios profundos y decisivos en la concepción y el desarrollo del «arte de la guerra». En este aspecto militar hay un antes y un después de aquellas campañas de los años 1702 a 1714⁷. El duque de Marlborough, con sus victorias, y muy especialmente la de Blenheim (agosto de 1704), cambió para siempre el destino de Europa, según escribió su más famoso descendiente, Winston Churchill⁸.

La crucial batalla de Blindheim (Blenheim para los ingleses) de 13 de agosto de 1704 desbarató el ataque francés contra Viena y, tras la derrota francobávara, no solo no fue apartada de la guerra Austria sino que Viena se hizo con el control de Baviera. Desde ese año, el hasta entonces temido ejército francés no volvió a amenazar Alemania y se vio obligado a practicar una guerra defensiva en torno a sus fronteras. David Chandler, el biógrafo del general inglés, resume el significado de esa batalla con estas palabras: «Five years were to pass before the French armies redeemed their reputation, and for the first time for centuries England had assumed the military leadership of Europe» (pág. 150).

De igual modo sucedió en nuestra península, con la batalla de Almansa (abril 1707), en la que se decidió el futuro de la historia española para los trescientos años siguientes. Es verdad que ni Blenheim ni Almansa fueron las últimas batallas de aquella guerra. Pero fueron, sí, extraordinariamente importantes vistas desde nuestra perspectiva. Y simbolizan muy bien lo que fue ese conflicto, con sus complejas personalidades y sus variados escenarios.

Entre los jefes militares de aquellos años destacan por encima de los demás el duque de Marlborough, el príncipe Eugenio de Saboya, el mariscal Villars y el duque de Berwick. También ocuparon lugares importantes en el mando de los ejércitos aliados y borbónicos otras figuras como el marqués de las Minas, Lord Galway, Stahremberg, Stanhope, Vendôme, etc. En sus biografías podemos comprobar como fueron, aún, «soldados del rey» más que «soldados de la Nación». El duque de Marlborough se llamaba John

⁷ «In certain respects, the period of Marlborough's campaigns (and the decades immediately before and after) form a watershed in the history of the development of warfare». CHANDLER, David, *Marlborough as Military Commander*, Londres, Penguin Books, 2000, pág., 62. Sobre los aspectos militares de la Guerra de Sucesión pueden verse, entre otras, las obras de John A. LYNN: *The French Wars 1667-1714: The Sun King at War*, Oxford, Osprey Publishing, 2002, y el capítulo 10, «States in Conflict», de Geoffrey PARKER (ed.): *The Cambridge Illustrated History of Warfare. The Triumph of the West*, Cambridge University Press, 1995, págs. 164 y ss.

⁸ Publicó en dos volúmenes una laudatoria biografía de su antepasado titulada *Marlborough: His Life and Times*, Londres, Harrap, 1947. Decía que si la Armada salvó a Inglaterra, Blenheim abrió Europa al dominio británico.

Churchill y era hermano de Arabella Churchill, amante del rey Jacobo II Estuardo. Fruto de esta relación, nació un hijo que, por ser reconocido por el monarca, se llamó Jacobo Fitz-James Stuart. Es mucho más conocido como duque de Berwick. Así pues, el comandante supremo de las fuerzas aliadas antiborbónicas en los campos de batalla europeos era el tío de uno de los grandes generales borbónicos.

Otra curiosidad, Berwick era un inglés católico que servía al rey de Francia, mientras que su principal antagonista en la batalla de Almansa fue el general Lord Galway, que se llamaba Henry de Massue, era marqués de Rovigny, noble francés de nacimiento y de familia hugonote, pasado al servicio de Inglaterra. Es decir, en aquel abril de 1707, un inglés católico al servicio de los Borbones luchó contra un francés protestante que servía a los aliados antiborbónicos. No eran excepciones: el otro gran comandante de las fuerzas enfrentadas a Luis XIV era, también, francés de nacimiento: el príncipe Eugenio de Saboya se puso al servicio del emperador Leopoldo, con lo que contribuyó, y de manera decisiva, a la erosión de la brillante máquina militar francesa: en Blenheim compartía el mando aliado con Marlborough.

Esos generales luchaban, en fin, por el rey Guillermo, por la reina Ana, por el rey Luis, por el rey Felipe o por el emperador. Y sus soldados seguían combatiendo por quien les pagaba. En este punto no ha cambiado nada. Algunos autores han querido ver en la Francia de Luis XIV el inicio de un proceso por el que muchos franceses, llevados a filas y organizados eficazmente, empezaron a ser adoctrinados en una vaga idea de patriotismo. La espectacular reacción de los hombres y mujeres de Francia en 1709, cuando el reino parecía al borde del colapso total, evitó la derrota. Pero, ¿respondían a la llamada de la patria o a la de su rey, que apeló a su pueblo desde tribunas, balcones o púlpitos? Cuando el gobierno de Londres decidió, en 1711, desengancharse de la guerra, retiró del continente a Marlborough y ordenó a sus sucesores en el mando que se abstuvieran de iniciar acción alguna, salvo orden directa de la Corte, muchos de los soldados que venían sirviendo en las filas del gran general inglés desde 1703, se pasaron a los ejércitos austriacos. Les pagaban lo mismo que antes hacían lo eficaces agentes enviados por el gobierno y el Parlamento. Los soldados combatían por dinero, por interés.

Pero es que también lucharon por interés, por «razón de Estado», los países implicados en el conflicto desde la firma de la Gran Alianza de La Haya. Los «aliados» decían que apoyaban los deseos del Emperador Leopoldo de Habsburgo de colocar en el trono de Madrid al *legítimo* heredero de Carlos II contra las pretensiones de Luis XIV de Borbón de situar a su nieto Felipe

de Anjou⁹. Pero los auténticos motivos son de otra índole mucho más pragmática: recelo ante el inmenso poder que podrían acumular los Borbones de Madrid y París; presión de los comerciantes ingleses holandeses ante las ventajas que obtendrían sus competidores franceses al abrírseles el comercio de las Indias españolas; miedo ante la cercanía de las tropas de Luis XIV en las fronteras de Holanda; hostilidad de Guillermo III de Orange contra el Rey Sol por motivos políticos y religiosos... Podemos resumirlos en una razón: miedo al imperialismo de Luis XIV y a la, hasta entonces, formidable maquinaria militar conseguida en el medio siglo anterior por los Borbones.

Europa occidental quedó dividida en dos bandos, el de los aliados y el de los borbónicos. Holanda, Inglaterra, Saboya, Dinamarca, el Imperio y Portugal conformaban el grueso del frente opuesto a Luis XIV y a Felipe V de Borbón. Por otra parte, desde 1705 los españoles se dividirán en dos bandos, iniciándose una guerra civil que se suma al conflicto internacional que se desarrollaba desde 1702 en los campos y mares de Europa y América. Aunque habría que matizar, como en toda guerra civil, quiénes eran borbónicos y quiénes austracistas, en líneas generales la mayoría de los habitantes de las Coronas de Castilla y de Navarra apoyaron a Felipe V, en tanto que fueron más los aragoneses, valencianos mallorquines y catalanes que siguieron las banderas del rey «Carlos III de Habsburgo». Pero hay que insistir en que hubo austracistas en Castilla y borbónicos en la Corona de Aragón. Y no pocos.

Aunque el *casus belli* de esa guerra era el enfrentamiento entre dos candidatos al trono de España con sus respectivos apoyos, los principales teatros de operaciones fueron el italiano (el valle del Po), el franco-alemán (Renania y Alto Danubio), y el del norte de Francia y los Países Bajos. El teatro de operaciones español, aunque para nosotros pueda parecer otra cosa, fue un frente secundario dentro del conjunto de la guerra, sobre todo para los aliados. De hecho, ni los ingleses ni los austriacos enviaron a la península sus mejores tropas o sus mejores generales: el duque de Marlborough no estuvo en España, como tampoco vino Eugenio de Saboya.

Eso sí, el frente naval en torno a la península ibérica fue fundamental para el desarrollo de la contienda, y los aliados antiborbónicos, liderados por Inglaterra, buscaron, y lograron, el dominio del mar en nuestros con-

⁹ «Por cuanto habiendo fallecido sin hijos el Rey de España Carlos Segundo, de gloriosísima memoria, por parte de sus Majestad Imperial se asegura, que la sucesión de los Reinos, y Provincias de el difunto Rey, pertenece legitimamente a su Augusta Casa; y que el rey Cristianísimo, pretendiendo la misma sucesión para su nieto el Duque de Anjou, y alegando tocarle de derecho, en virtud de cierto testamento del expresado Rey difunto, se ha puesto inmediatamente en posesión de toda herencia, y Monarquía de España, por el dicho Duque de Anjou...» (Tratado de la Gran Alianza de la Haya, 7 de septiembre de 1701).

tornos. Y mucho más desde 1703, en que se produjo el cambio de bando de Portugal. Lisboa había reconocido a Felipe V como rey de España, pero la habilidad diplomática de los representantes de Londres (con el embajador Lord Methuen a la cabeza), junto con la interesada actitud de París al obligar a Felipe V a quitar el monopolio de la trata de negros a los portugueses para dárselo a una compañía francesa¹⁰, llevaron a Pedro II de Braganza a romper con Madrid y unirse a los aliados. El mapa estratégico cambió radicalmente y Portugal pasó a convertirse en la fundamental cabeza de playa antiborbónica; desde sus bases, terrestres y navales, los aliados atacaron en los diez años siguientes a los soldados y marinos de Felipe V y Luis XIV.

Algunas notas sobre el reformismo militar durante la guerra de Sucesión

El modelo militar de los Austrias estaba en declive al comenzar el siglo XVIII y eso era sobradamente conocido por todos, especialmente por los propios militares españoles, como decíamos arriba. De hecho, los dos candidatos al trono español, el Borbón y el Austria, trataron de enfrentarse a esas necesarias reformas militares. Es poco conocido que Carlos (III) de Habsburgo ordenó en 1706 la elaboración de unas *Ordenanzas Militares del Archiduque* que quedaron manuscritas en el Archivo Histórico Nacional¹¹. De las que puso en marcha Felipe V tenemos muchas pruebas y resultados. Al fin y al cabo, hoy sabemos que fue durante su reinado cuando se sientan las bases de los ejércitos permanentes españoles. Porque debemos insistir aquí que, pese a que los historiadores han venido otorgando a Carlos III de Borbón el protagonismo en las reformas militares (empezando por las célebres Ordenanzas de 1768), la pura realidad es que fueron los años del reinado de su padre Felipe V cuando se «dictaron normas, ordenanzas y reglamentos que conforman las bases constructivas de la nueva arquitectura militar borbónica» (Dra. Herrero, pág. 92).

En 1701 y 1702 ven la luz las primeras Ordenanzas, llamadas de Flandes porque allí se publicaron. El modelo que se proponía seguir era, naturalmente, el francés. En esos textos se ponían las bases de la nueva planta militar. Uno de sus pilares esenciales viene definido por la idea de ejército

¹⁰ Sobre este tema *vid.* SANZ AYÁN, Carmen: «La Guerra de Sucesión (1700-1714). Un conflicto por el dominio del asiento de negros», en VARIOS: *En nombre de la paz. La Guerra de Sucesión Española y los Tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden. 1713-1715*, Madrid, ACE-Fundación Carlos de Amberes, 2014, págs. 125-138.

¹¹ *Vid.* el trabajo de María Dolores HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA: «El nuevo modelo de ejército en el contexto de la Guerra de Sucesión Española», págs. 91-106 de *En nombre de la paz...* Las páginas que siguen deben mucho a ese artículo.

permanente¹². Una institución clave del estado, cuyos mandos, nombrados por el rey, comandante supremo de los ejércitos, dedicarán toda su vida a la profesión militar. Serán funcionarios al servicio de la Corona, del Estado. Se profesionaliza el servicio de las armas.

Un ejército necesita dotarse de unos valores ético-profesionales y de regular las obligaciones de sus componentes. Por ello, también en la Ordenanza de 1702 se recogen disposiciones acerca de la disciplina, la deserción, los castigos, etc. Pero también se regula la relación jurídica del uniformado con la Ley: el fuero militar. En la Ordenanza de Flandes de 1701 se estableció el «Consejo de Guerra Ordinario en los cuerpos», y se establecían las normas que debían seguir los tribunales militares.

También se abordó en esos años la necesaria renovación del armamento de los soldados. El más importante, la substitución del mosquete, arcabuz y pica por el fusil con bayoneta.

Pero quizás una de las más llamativas de entre las muchas transformaciones militares de estos años iniciales del siglo XVIII viene definida por el fin de una mítica unidad militar española: el tercio. Y es que, durante los años de la guerra de Sucesión se produjo el tránsito del tercio al regimiento (aunque cabe recordar que en 1701 aún se crearon algunos tercios)¹³.

No era fácil acabar con doscientos años de historia. Y Felipe V y sus asesores debieron esmerarse en esa tarea. En las Ordenanzas de 1704 se puso fin a los tercios y se creó el regimiento como la unidad básica de los ejércitos españoles. Al principio se componían de un solo batallón, pero en 1709 se aumentó a dos por regimiento. Y, desde 1707, los regimientos recibieron nombres fijos (en su mayoría, topónimos). Desde el punto de vista táctico, aparecen las brigadas.

También será en esos años cuando aparezca en el vocabulario militar español toda una serie de términos nuevos: capitán general, teniente general, mariscal de campo, brigadier, coronel, teniente coronel, comandante, sargento mayor, capitán, teniente y subteniente.

Nacen, asimismo, en esos años una serie de instituciones y figuras político-administrativas de enorme importancia para la Monarquía y sus ejércitos. De enorme trascendencia en la historia de España, desde entonces hasta hace un cuarto de siglo, serán las capitanías generales. En 1701 aparecen

¹² Es necesario recomendar en este punto la lectura de los trabajos del Dr. Enrique Martínez Ruiz, uno de los más grandes conocedores de la historia militar de la España moderna, especialmente los que ha dedicado a *Los soldados del rey*, Madrid, Actas, 2008, y *Las Guardas de Castilla. Primer Ejército Permanente español*, Madrid, Sílex, 2012.

¹³ Vid. Cristina BORREGUERO BELTRÁN: «De la erosión a la extinción de los Tercios españoles», págs. 445-484, del vol. I. de *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica*

los comisarios de Guerra, regulándose sus cometidos en una ordenanza de 1705. Y, en 1711, se crea, siguiendo el modelo francés la figura del intendente¹⁴, institución esencial para entender nuestro siglo XVIII. El maestro Domínguez Ortiz llamó a los intendentes «nervios de las Reformas».

Del abundante reformismo militar de Felipe V quedan aún numerosos aspectos. Pero no quiero olvidarme de citar, siquiera sea de pasada, ni de la Enseñanza Militar, ni de los Cuerpos de la Casa Real, ni de la importancia que irán adquiriendo, desde esa década inicial del siglo XVIII, los cuerpos facultativos del Ejército, los ingenieros y los artilleros¹⁵ (parece obligado recordar aquí que los primeros cuarteles permanentes en España se edificaron en aquellos años).

Como ya intuyera Antonio Domínguez Ortiz en su pionero trabajo sobre «La Sociedad española del siglo XVIII», uno de cuyos capítulos estaba dedicado a «La creación de un Ejército Nacional», entre las principales preocupaciones de la nueva Monarquía borbónica era la de dignificar la figura del militar español, profundamente deteriorada, ante los ojos de la sociedad. Por cierto, en esa fundamental publicación, escribió Domínguez su célebre frase: «más chiquita que el Imperio, más grande que Castilla» España es «la más excelsa de las creaciones de nuestro siglo XVIII»¹⁶.

Resultado, en fin, de la preocupación de la nueva dinastía, los Reales Ejércitos y la Marina Borbónicas serán de las más destacadas y permanentes creaciones del siglo XVIII español. Y las bases se pusieron en sus primeros quince años, en plena guerra de Sucesión.

Recibido: 17/09/2014

Aceptado: 02/10/2014

¹⁴ KAMEN, Henry: «El establecimiento de los intendentes en la administración española», *Hispania*, 95, págs. 368-395 (1964).

¹⁵ Sobre la Artillería, *vid.* la Memoria de Licenciatura de María Dolores Herrero Fernández-Quesada: *La artillería de Ordenanza; contribución al estudio de las reformas militares en el reinado de Felipe V*, y el artículo del mismo título publicado en el *Memorial de Artillería*, núm. 2. 1993. Págs. 81-86.

¹⁶ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *La Sociedad Española del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, Instituto Balmes de Sociología, 1955, págs. 40-41.